



Es propiedad.

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PQ65.67

55
L8

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

IMP. DE CALLEJA, CALVARIO, 19, 21 Y 23.

SANTA ADELAIDA,

EMPERATRIZ DE ALEMANIA.

I.

Uno de los males que afean á nuestro siglo y á sus indispustables adelantos, es la creencia que cada día se arraiga más—en el sexo débil sobre todo—de que son incompatibles con la belleza, la elegancia y todas las gracias que atraen y que cautivan, el ejercicio y práctica de las virtudes cristianas, de la caridad, de la mansedumbre y del perdon.

Culpa es de esto la trivial educacion que se le dá á la mujer; sin pedir para ella una instruccion extremadamente seria, deseariamos más graves principios cristianos y más sólida moralidad, á la par que se le enseñase, como hoy, que la belleza y las gracias son armas muy útiles y de ningun modo prohibidas á nuestro sexo.

Si algunas mujeres se extravian en la senda de

la virtud, es por que suponen ó les dicen que el camino del vicio está sembrado de flores; pero si les dijese y les probasen que el que conduce al cielo las tiene más aromadas y más bellas, es indudable que preferirian éste, que las llevaria desde luego á un bien supremo; la paz de la conciencia.

La hermosa, santa y gloriosa Princesa cuya historia va á trazar hoy nuestra mal cortada pluma, es una prueba evidente de esta verdad, y siguiendo nuestra costumbre, emplearemos un ejemplo vivo mejor que los descarnados consejos que pocas tienen la docilidad de escuchar por lo mismo que su monotonía les fatiga.

Corria el año 946.

En medio de un bosque inculto y vírgen de la Borgoña, ese rico y fértil, pero frio país de la Francia, se elevaba hace nueve siglos un castillo feudal y soberano, rodeado de grandes fosos, sobre los que se tendia para entrar en él, un pesado puente levadizo sostenido por gruesísimas y pesadas cadenas de hierro.

Asentábase por la espalda aquel sombrío castillo en la ladera de una alta montaña á cuyo pié corria un claro y murmurante rio, y á la orilla de sus aguas, como el punto claro del oscuro cuadro que formaba el castillo y monte, se extendia una pequeña, risueña y graciosa aldea, del mismo modo que una alegre y linda doncella es la luz que se co-

loca al lado de unos encanecidos padres y de un decrepito abuelo.

Rodolfo, conde soberano de Borgoña, habia sido el dueño del castillo que habitaba con una niña, habida ya en una edad muy avanzada de su tercera y última esposa. Ambos dormian ya en su tumba desde hacia algunos años.

Adelaida—que este era el nombre de la jóven Princesa—contaba á la sazón quince años, y era de condicion suave, blanda y apacible como la de un ángel; era además tan bella, que su sola vista bastaba para alegrar á los pobres aldeanos, siervos del castillo feudal, á quienes el carácter áspero y duro del tutor de Adelaida imponia duras vejaciones.

Adelaida habia heredado de su padre los negros ojos, la carmínea boca y los dientes de perlas que en su juventud le habian hecho el ídolo de todas las damas de la Borgoña, y de su madre la rubia cabellera, el cuello de cisne y la tez nevada.

Era alta sin demasía y esbelta como esas jóvenes palmeras que crecen en los países meridionales y que mecen al viento de la tarde su verde cabeza como un plumero de esmeraldas.

Cuando vestida con su castellana de lana blanca ceñida á su esbelto talle con un cordon de seda azul celeste, pasaba por las almenadas galerías del castillo señorial, creian ver en ella un ángel de consuelo los sencillos y piadosos montañeses.

Adelaida había alcanzado de su anciano tutor el permiso de dar audiencia los días festivos en un pequeño salón que pertenecía á sus habitaciones; allí sola—pues rehusaba para oír los infortunios de sus siervos hasta la compañía de sus doncellas—escuchaba las quejas de todos y aliviaba sus miserias con pequeñas sumas y con palabras de consuelo.

Ofrecía interceder con su padre para que le perdonase algún ligero retraso en el pago de los impuestos y para que moderase aquellos tributos excesivos.

Adelaida, en pie ante aquellos aldeanos toscos y curtidos por la intemperie, ante aquellos soldados rudos y llenos de cicatrices, ante aquellas pobres y escuálidas mujeres que estrechaban contra su pecho niños medio desnudos y ateridos de frío, estaba mil veces más hermosa que bajo el recamado dosel de su salón señorial.

Pendían sus cabellos en largas trenzas á lo largo de su talle, y semejantes á dos cadenas de oro, resaltaba sobre la blanca lana de su túnica su brillante matiz; sus negros ojos se llenaban á cada instante de lágrimas de ternura, y otras veces sus labios sonreían con la cándida dulzura de un ángel.

Teofrasto, aunque rudo y austero, amaba á aquella niña que le había sido confiada, como al último rayo de luz que el Eterno derramaba sobre su cana cabeza: era un anciano alto y corpulento, endurecido en las fatigas de la guerra, porque en aquella época

de intestinas discordias, los caballeros no desnudaban su cabeza del yelmo, ni se desembarazaban de la adarga y de la lanza, que volvía á ensangrentarse, después de una larga guerra, por la más insignificante querrela de vecindad.

Aún no había extendido la civilización su nivel por la sociedad, y sólo la espada, la lanza ó el venablo dirimía las contiendas.

Teofrasto, que ya contaba cerca de los setenta años, pensó en buscar un apoyo para su tierna é inocente pupila, y decidió casarla con Lotario, hijo de Hugo, uno de los soberanos más ricos de la Italia, en aquel tiempo en que los mismos reyes eran casi siempre pobres: este casamiento había sido dispuesto, desde ántes de morir, por el padre de Adelaida.

Lotario, acababa de cumplir veinte años; pero la exesiva y delicada belleza de su rostro y de toda su persona le hacía parecer tan niño que los vasallos de su padre le llamaban *El joven*.

Rodolfo había mantenido guerra durante largo tiempo con Hugo, al que disputaba la posesión de sus dominios; pero cansado ya su brazo con las fatigas de los combates y con el peso de la ancianidad, se dijo que la paz era lo que más necesitaba, y que para adquirirla era lo mejor tratar el casamiento de su hija con el hijo de su contrario,

II.

Teofrasto quiso consultar á Adelaida ántes de tomar aquella determinacion, y fué á su estancia en una bella mañana de primavera.

Ya los árboles dejaban el manto de escarcha que les vistiera el aterido invierno; cubríanse de verdes capullitos que despues debian desplegarse en pomposas hojas, y el rio, roto los puros cristales del hielo, empezaba á murmurar encerrado en su cáuce.

La alcoba ó dormitorio de la hija de Rodolfo daba á un gran terrado en el que habian plantado flores que la jóven cultivaba, y en el que cuidaba tambien algunas tórtolas y pajarillos, á los que la cándida doncella era muy aficionada.

Adelaida regaba las flores inclinada sobre ellas, cuando Gosvinta, doncella que ya habia servido á su madre, se acercó, avisándole la llegada del Conde.

--¡Señor! exclamó la jóven corriendo hácia él y como confusa; ¿qué, ¿estabáis aquí y yo no he adivinado vuestra presencia?

—¡Retiráos! dijo el Conde á las camaristas, que desaparecieron como una bandada de asustadas palomas.

Luego, volviéndose á su pupila, le dijo con su ruda voz que trató de dulcificar.

—Vamos á hablar de tu porvenir, Adelaida, y quiero que me prestes toda tu atencion.

—Ya os escucho, señor, respondió tímidamente la doncella.

—Has de saber, empezó el Conde, que me piden tu mano desde hace un año muchos jóvenes y apuestos caballeros.

Detúvose aquí Teofrasto y esperó la respuesta de su pupila, no sin alguna ansiedad; pero ésta, sin perder nada de su alegre á la par que modesta compostura, respondió:

—¡Y bien, señor!

—¿No amas á ninguno?

—¡Si no los conozco!

—No hace mucho viste á algunos de ellos en un torneo.

—No reparé en ninguno, ni recuerdo siquiera su rostro.

—¿De suerte que tu corazón está libre?

—Completamente libre, mi buen tutor.

—De esa suerte, hija mia, te casarás con Lotario, *el Joven*, hijo de Hugo, dijo el Conde brevemente.

—¡Cómo! ¿Dél enemigo de mi padre?

—Sí, por cierto; desde la promesa de tu enlace dejó de serlo.

La joven guardó silencio; su tutor prosiguió.

—¿Tienes algo que oponer á esta alianza?

—Nada, señor, respondió la Princesa; mi corazón está libre; es decir, que no amo á Lotario, pero tampoco amo á otro; sin embargo, si conviene á nuestros intereses, me casaré con él, y seré una buena esposa.

—¡Sí, lo serás, pues eres un ángel! exclamó Teofrasto; abrázame, hija mia; ahora no puedo dar mejor premio á tu obediencia que enseñarte el retrato de Lotario.

Adelaida se arrojó en los brazos de su tutor, feliz al verle satisfecho.

El viejo Conde sacó despues de su escarcela una cajita de plomo, la abrió y en su centro apareció un retrato de un hermoso joven.

Abundantes rizos negros guarnecian aquel rostro delicado y blanco como la flor de una montaña; sus ojos azules eran dulces, como la flor de la pervinca, aún no conocida en aquellos remotos tiempos; su boca, de lábios delicados y coralinos, no estaba aún sombreada por el más ligero bozo; su talle, esbelto aún por lo poco que se podía descubrir, hubiera dado envidia á una doncella.

Adelaida le miró y se sonrió con una tranquilidad satisfecha.

Luego miró á su tutor, y le dijo:

—Os he prometido, señor que me casaré con Lotario y lo hubiera cumplido aunque su figura hubiera sido mucho más fea: disponed mis bodas para cuando sea de vuestro gusto.

—¿No te parece muy hermoso Lotario? preguntó el Conde.

—Me creo dichosa en alcanzar un esposo que tiene hermoso el rostro y el alma, respondió la jóven; pero si sólo hubiera tenido ésta, tampoco me hubiera llamado infeliz.

Teofrasto quedó contento con aquella respuesta y dispuso desde luego las bodas con la mayor ostentacion.

El mismo debia acompañar á su pupila á Italia y á los estados de Hugo, donde se verificaria el enlace.

En efecto, se mandaron preparar suntuosas galas para la infantil desposada, y muchas doncellas se ocuparon de sus confecciones y adornos.

—¿Para que haceis todo esto? preguntaba admirada Adelaida á una anciana sirvienta que presidia los trabajos; la que se casa ¿vá á buscar el aplauso del mundo ó la paz de su hogar? ¿Vá á ser admirada ó vá á labrar la felicidad de una familia? ¿Ha de ser elogiada por sus virtudes ó por sus trajes? Pero no importa; tejed mis velos; ornad de flores mis trajes; la esposa debe agradar al esposo; así lo dicen las escrituras; vale más que le parezca bella, porque el

dominio de la mujer ha de basarse en la dulzura y ha de empezar por el agrado de los ojos.

Dos meses despues de decidido el casamiento, salió Teofrasto de la Bórgoña con su jóven pupila y pasó con ella á Italia, donde esperaban á la desposada y á su tutor, Hugo y Lotario, el feliz prometido de Adelaida.

El viaje fué largo y penoso; la jóven tuvo que hacerlo, ora montada en una blanca y mansa bacanea, ora en silla de manos, cuando las quebradas de las sierras no permitian á los brutos sustentar la carga; algunos villanos, déudos del conde y que formaban la escolta de éste y de su pupila, conducian las sillas y las caballerías hasta los parajes llanos.

Adelaida, á pesar de las fatigas del viaje, tan rudas para su delicada organizacion, iba alegre y contenta; sus pequeñas manos derramaban las monedas de oro en las encallecidas de los pobres; y más de una vez recibió en su falda los lindos ramilletes de flores y los racimos de roja fruta primaveral que le presentaban las aldeanas.

Una tarde, cerca ya del término de su viaje, Adelaida, fatigada de su caballo, bajó y se sentó en la húmeda yerba y á la orilla de un espumoso torrente; ya el sol cedia el paso á la luna, que aparecia llena y redonda en medio del azul del firmamento como la blanca soberana de la noche.

El Conde se sentó al lado de su pupila é hizo que

sus servidores sacasen las provisiones de boca que llevaban preparadas. Después de la comida, la joven Condesa mandó á una de sus damas que le trajese su laúd que llevaba en una caja de ébano, y preludiando sus delicados dedos un armonioso ritornelo, cantó, con voz dulcísima y conmovida por una emoción profunda, una despedida á Francia, á donde su corazón le decía no debía volver jamás.

Toda la comitiva del Conde y de Adelaida quedó inmóvil escuchando aquellos divinos acentos, aquellos acordes de un alma que se exhalaba en una plegaria dulcísima y tierna como el canto de un ave en la enramada.

Las doncellas de honor prorrumpieron en copioso llanto; cada una se acordaba de sus padres, de su familia, de sus amigos, de todas las afecciones que dejaban en el suelo bendito de su patria.

Por las rudas fisonomías de los villanos y de los soldados de la escolta, corrían también gruesos hilos de llanto; muchos montañeses de aquellas sierras acudieron á escuchar el canto de Adelaida que, sentada sobre una roca y con su bello rostro bañado por el resplandor de la luna, parecía el ángel del consuelo implorando al cielo en favor de los desgraciados de la tierra.

El mismo Teofrasto se sintió hondamente conmovido á pesar de su rudeza, y estrechó á Adelaida contra su robusto pecho.

—¡Oh! ¡Hija mía! exclamó; yo no sé, al escucharte, qué infortunio me predice el corazón! ¡Páreceme que la muerte me va á separar pronto de este mundo y que la desgracia va á descargar sus rudos golpes sobre tu cabeza inocente! ¿Qué harás tú, pobre corderilla, si vas á vivir entre algún rebaño de lobos?

—Padre mío, repuso la Princesa con la dulzura y calma que le eran habituales y que formaban ese hermoso conjunto que se llama dignidad; padre mío, ¿por qué os dejáis llevar de tan tristes ideas? Dios es el defensor de los inocentes y de los oprimidos; además, Lotario es bueno, noble, de carácter al mismo tiempo leal y cariñoso; ¿por qué, pues, habéis de temer por mí? Vamos, pongámonos de nuevo en camino; la noche promete estar hermosa y alumbrada por una clara y serena luna, y yo deseo que nuestro viaje termine lo antes que sea posible para que descanséis de tantas fatigas.

De esta suerte la joven Condesa consolaba todos los dolores, y, en medio de su debilidad, manifestaba aquella fortaleza, aquella conformidad que más adelante debían hacerla tan célebre.